

VALIJA indiscreta

NOTICIAS DEL VATICANO

Una revista católica norteamericana, el "St. Joseph Magazine", publica las últimas noticias recibidas en su redacción sobre la muerte de San Pedro, ocurrida en Roma el año 42 de la era cristiana. Por este triste suceso, que nosotros lamentamos sinceramente, se encuentra primeramente en Roma, según la citada revista, el actual papa Pio XII. "La vida del papa, que ocupa actualmente el trono de San Pedro, y que es el doscientos sesenta y dos papa de la serie — escribe el magazine yanqui —, se encuentra directamente influenciada por la muerte del primero, ejemplo asombroso de la sucesión ininterrumpida del papado".

No cita la revista católica los nombres ni la historia de los restantes doscientos sesenta papas. Seguramente se trate de una publicación que va a parar a manos inocentes, y la historia del papado es una lectura sólo para hombres. Hay en ella ejemplos escandalosos de nepotismo, simonía, crímenes, orgía, libertinaje y concubinato, como también los hay de santidad y buenas costumbres, pues entre los doscientos sesenta y dos papas se encuentra de todo, y habo también entre ellas personas decentes. Algunos papas fueron asesinados; otros obtuvieron el cargo comprando votos, como hacen en España los candidatos alistas; y muchos tuvieron gran cantidad de hijos legítimos e ilegítimos. Juan XII, por ejemplo, se pasaba las noches de juerga y borracho, por el diablo, lo que no le impidió ser un buen teólogo. Sergio II vendió todos los "cuckufes" temporales y celestíacos a quien le daba más dinero. La corte pontificia de Urbano V se distinguía por la licencia de sus costumbres, el lujo, la disipación, la lujuria y la sensualidad, lo mismo que la de Sixto IV. Pablo II hacía de la noche día y del día noche, y se encargar, pa-

ra estar elegante, una tierra que valía ciento veinte mil ducados. Alejandro VI, el valenciano Borja convertido en Borgia por los italianos, es bastante conocido — él y su familia — para que tengamos que recordar su escabrosa biografía. Inocencio X se encendió con su caudato Olimpio Milidalekimi, y así sucesivamente.

Claro que habo también en el papado santos varones, como Celestino V, que el Dante colocó entre los pobres de expiración, y Benedicto XIV, amigo de Voltaire, quien le dedicó su tragedia Mahomet, y cuya muerte fué muy sentida: "¡Maravilla inaudita! — se decía en Roma — ¡Nadie había oído del papa difunto!"

Probablemente no fué para moralizar las costumbres pontificias por lo que entraron a saco en la Roma católica las tropas imperiales de su Majestad Carlos V, con lo cual demostraron los soldados de la fe su alto grado de piedad, que no les hubiera permitido transigir, por ejemplo, con el artículo 26 de la Constitución, de haber sido esa de su tiempo y contemporánea del suyo. (Afortunadamente la Junta Suprema ya sabe lo que tiene que hacer con el artículo 26 y otras herejías republicanas).

Un curioso episodio de la historia del papado demuestra el buen sentido con que ejercieron su poder temporal algunos pontífices: cuando la también Muy Católica Majestad de Carlos III expulsó a los jesuitas de España — la República no llegó a tanto y se limitó a disolverlos —

el papa Clemente XIII le utilizó al mosar en un breve que le otorgó las vacas; later aserbiomina. Pero cuando los hijos de Loyola se dirigieron a refugiarse en los Estados pontificios, el papa les negó permisos para desembarcar y amenazó con bombardear los barcos cargados de jesuitas capulines que trataban de atracar en Civita-Vecchia.

En la historia más reciente, el Vaticano se entendió con Masónes y; en virtud del tratado de Letrán, el papa, modernizado, tuvo tren, automóvil, cine, radio y gramola. Corresponde a esa época la escena que oímos referir a don Ramón del Valle Inclán, cuando describió las solemnidades y pintorescos apariciones papales en la plaza de San

Pedro, para bendecir a las peregrinaciones de fieles extranjeros.

La plaza — contaba el gran don Ramón — se llena de frailes zurríos, barbudos y calvos. Los feligreses suelen hacer mal olor... De pronto se oye un inmenso rumor, una algarabía sobreabundante: es el Santo Padre que aparece en su silla pontificia, dando bendiciones... Como los camarieros de copa y espada que llevan los andas no con todo de la misma estatura, el Sumo Pontífice va inclinado, de medio lado, como si fuera a caer, y parece que dé las bendiciones del zapato... .

Así bendijo el papa, años más tarde, a los piadosos peregrinos falsamente que iban a implorarle la victoria de Franco. El papa hizo cuanto pudo por el triunfo de Falange. Si sus cuernos y su guardia se hubieran estado arrojando a la modernidad y mecanización, habría enviado, sin duda, a los rebeldes dos o tres pasadiferos, algunos canchales, algunos paracaidistas, aserralladores, tanques, aviones, etc., lo mismo que hicieron Hitler y Mussolini. Pero la fuerza militar del Vaticano es escasa — no sabemos que su poder es principalmente espiritual — y, a falta de bombas de aviación y de granadas de mano, el papa envió a los rebeldes el armamento de que disponía: bendiciones, cruceros para el generalísimo, campafarinos, medallas, estampitas, etc., todo el arsenal, en fin, con que cuenta la Santa Sede. Si no sucedió más para que los sucesos de Franco matasen a los infelices republicanos, fué porque no tenía más.

Ahora el papa se encuentra bajo los bombas de los imperios anglo-americanos — si bien está protegido por el católico Hitler — lo que nos lleva a todas de ofición, sobre todo desde que los lectores de El Debate y El Siglo Futuro se han incorporado al anexo Frente Popular, según las últimas consignas.

Y así contribuímos a la historia publicada por el St. Joseph Magazine, revista que acaba de recibir — no sabemos si con exclamación — la noticia de la muerte de San Pedro, ocurrida en Roma hace apenas 1877 años.

EL VALIJE

A.R.C.E.
SIG.: 1.20/1058